

BRAINS OF THE NATION

Resil Mojares, *Brains of the Nation*, Pedro Paterno, T. H. Pardo de Tavera, Isabelo de los Reyes and the Production of Modern Knowledge, Manila, Ateneo de Manila University Press, 2006, 565 pp.

Resil Mojares recupera en *Brains of the Nation* tres personajes importantes de la historia filipina olvidados y silenciados, primero por la historiografía norteamericana, y con la americanización del archipiélago, por la propia historiografía filipina. Pedro Paterno, Trinidad H. Pardo de Tavera e Isabelo de los Reyes, se educaron en España, escribieron en español y eran demasiado «egotistas» e hispanófilos para encajar en la nueva estructura colonial norteamericana. Podemos considerar, y así lo hace Mojares, que Paterno, Tavera y de los Reyes prefiguraron con sus textos la identidad nacional de Filipinas y dieron a conocer al mundo su país. Sin embargo, ellos no forman parte del panteón de los héroes filipinos a diferencia de los miembros del movimiento Propaganda, José Rizal, Gregorio Sancianco, Marcelo H. del Pilar, o Graciano López Jaena, entre otros, y nunca han recibido el reconocimiento que se merecen, como así lo afirma Mojares, aunque no provee al lector de una explicación convincente, como veremos, de ese olvido.

Mojares dedica los tres primeros capítulos de su libro «Lord of Luzonica», «Conjuring a Civilization» y «Cannibalizing theory» a Pedro Paterno. Empieza diciendo que la historia no ha sido amable con Pedro Paterno y, aunque fue uno de los primeros intelectuales del país, es ignorado en el campo de la historia y ni tan solo se ha escrito una biografía o reseña de sus obras. Según Mojares, Paterno ha sido despreciado por la historiografía filipina por su afiliación política y porque fue un «traidor» a la Revolución Filipina. Esta afirmación forma parte del reduccionismo histórico, propio de la historiografía nacionalista filipina, empero detrás de esta aserción subyace un argumento más profundo que Mojares no explica a los lectores.

Mojares, aunque lo intenta, no trasciende el discurso norteamericano sobre Filipinas. De hecho, sus argumentos se sustentan en fuentes estadounidenses, sobre todo en *The Philippine Islands 1493-1898* editada por James A. Robertson y Emma H. Blair, *The Americans in the Philippines* escrito por James A. LeRoy y *The Philippines. A Study in National Development* de Joseph Ralston Hayden. Nadie duda de la importancia de escribir sobre un personaje tan desconocido como Paterno que jugó un papel fundamental en la construcción del partido nacionalista filipino, sin embargo, Mojares no nos dice porque razón Paterno fue tan denostado. En este punto, debemos hablar de James A. LeRoy, el arquitecto de la historia filipina y de la leyenda negra del régimen colonial es-

pañol. Él, en su correspondencia privada con Taft y Robertson, fue quien demonizó a Paterno, advirtiendo a los historiadores norteamericanos y a los mal llamados colaboracionistas filipinos, entre ellos a Pardo de Tavera, de la publicación de sus obras «superficiales», porque era un «asno» y su trabajo era «meramente ridículo.» Para LeRoy, Paterno representaba la continuidad de la impronta española en Filipinas y, además había cuestionado a la administración norteamericana, fundando el partido nacionalista junto a Vicente Lukban. En suma, Paterno era un obstáculo para la nueva administración colonial porque tenía demasiada influencia entre los jóvenes filipinos más radicales y sobre todo era demasiado «español».

La influencia de LeRoy en la historiografía norteamericana y ulteriormente en la filipina hizo que Paterno fuese, poco a poco, desapareciendo irremisiblemente del imaginario colectivo filipino. Con la americanización de la educación y del archipiélago, Paterno se convirtió en uno de los traidores a la Revolución filipina y hoy, los estudiantes filipinos le conocen bajo ese apelativo y desconocen sus obras, entre otras cosas porque fueron escritas en castellano y porque ha sido juzgado como plagario.

Mojares contextualiza a Paterno en su propio tiempo. Un filipino que vivió y se educó durante veinte años en España, que se codeó con políticos como Emilio Castelar y Víctor Balaguer e intelectuales de la época. Aquí, el autor comete algunos errores y entra en contradicciones al tener una visión sesgada de la historia española del siglo XIX y sobre todo al establecer una oposición binaria entre el conservadurismo y medievalismo del sistema político español frente al progresismo y modernidad de los Estados Unidos. Mojares tiende a las generalizaciones abusivas a causa de la limitación bibliográfica y por la influencia de la historiografía norteamericana. No utiliza fuentes españolas para contextualizar a Paterno. La educación de Paterno, según Mojares, fue demasiado conservadora, impregnada por el romanticismo español «con su fuerte acento católico, humanitarismo vago, subjetivismo y medievalismo.» El autor, con este argumento tan generalizado, olvida que Paterno, como otros filipinos, Rizal, del Pilar, de los Reyes etc., se relacionaron con los miembros de la Institución Libre de Enseñanza, institución para la cual la educación era un instrumento imprescindible y el motor fundamental para la transformación social, cultural y política. Por tanto, la educación no fue tan obsoleta como Mojares infiere.

En «Conjuring a civilization» Mojares hace un análisis exhaustivo de la obra de Pedro Paterno, como por ejemplo su novela costumbrista *Ninay*, *Antigua Civilización Tagalog*, *Familia Tagalog* o *El Barangay* entre otras. A pesar de que Paterno fue muy prolífico, escribiendo incluso una Historia de Filipinas entre 1908 y 1912, ésta fue ignorada y nadie la leyó. La explicación para Mojares es que Paterno y su investigación eran anacrónicos. Mojares pasa, casi de puntillas, por una obra publicada por Paterno, *Régimen Municipal de Filipinas*, que demostraba que la Ley de Maura fue implementada en Filipinas, reforma que la historiografía norteamericana niega sistemáticamente. LeRoy también advirtió sobre esta obra a los lectores. «Este trabajo es meramente ridículo.» LeRoy sostuvo hasta su muerte que las reformas en España eran letra muerta. No es de extrañar, por tanto, que Mojares, así como otros autores, omitan esta obra o no la analicen

con la profundidad que merece. En suma, Mojares concluye sus capítulos sobre Pedro Paterno diciendo que es importante porque contribuyó a la política de formación de identidad nacional.

Mojares dedica los tres capítulos siguientes, «A man apart», «Apostle of Reason» y «Constituting the Nation,» a otro de los *ilustrados* filipinos más defenestrados por la historiografía norteamericana y filipina, Trinidad H. Pardo de Tavera. Si Paterno es el «traidor», Mojares nos dice que la historiografía nacionalista filipina adjudicó a Tavera el papel de «villano», por su colaboración con los norteamericanos. El lector puede percibir que el autor no da el mismo trato a Paterno que a Tavera. La investigación que llevó a cabo Paterno fue anacrónica, sin embargo, el autor considera a Tavera como el apóstol de la modernidad.

Nos encontramos nuevamente a Mojares cogido entre Escila y Caribdis, ya que es incapaz de trascender el discurso impuesto por la academia norteamericana. Tavera apoyó a la administración norteamericana, pero con condiciones que han sido silenciadas. Si Paterno fue demonizado por LeRoy, éste hizo lo mismo con Pardo por ser «latinizado, un medio español bastardo y sobre todo un ‘cacique’.»

LeRoy y Taft lograron desmembrar el *Partido Federal*, el partido fundado por los mal llamados colaboracionistas, al suprimir figuras claves como Pardo, entre otros, y emprendió una campaña feroz de descrédito en contra de él. Mojares menciona de forma subrepticia que Taft diplomáticamente sugirió la renuncia de Pardo, cuando la realidad es bastante diferente. Taft quería que Pardo se retirase del gobierno para cuando la Asamblea Popular fuese elegida y se convirtiese en delegado. Taft prefería a otro filipino, Araneta, más útil para sus propósitos, capaz de hablar inglés y conocedor de la ley americana. Al destituir a Pardo, la administración norteamericana quería evitar la filipinización del archipiélago.

Pardo cayó en la trampa retirándose de la comisión, aunque él creyó que fue forzado a renunciar por sus críticas contra la administración del gobernador Wright. Empero, Taft le consideraba un peligro, capaz de movilizar a la opinión pública para lograr sus objetivos. LeRoy desconfiaba de Pardo como político y como filipino y le tildó de ser uno de los caciques más pronunciados. Tavera, jamás, supo lo que Taft y LeRoy opinaban de él. Pardo no tuvo reparos en quejarse de los abusos que cometieron con total impunidad los oficiales norteamericanos, mientras que los filipinos eran castigados severamente. Obviamente, estas quejas hicieron que Pardo se convirtiese en un obstáculo. Mojares no nos explica en su libro estos hechos, por el contrario cae en los estereotipos impuestos por los libros de textos norteamericanos sobre el colaboracionismo y la ambición personal de Pardo.

Al igual que en los capítulos dedicados a Pedro Paterno, Mojares analiza la obra de Pardo de Tavera en «Apostle of Reason» como precursor de las ciencias sociales y naturales en las Filipinas. El autor divide la obra de Pardo en tres grupos cronológicos: estudios científicos escritos antes de la ocupación norteamericana; proyectos subvencionados por los Estados Unidos y obras populares sobre temas sociales. Hace especial hincapié en la anotación que Pardo hizo del libro de Plasencia *Las Costumbres de los Ta-*

galos como obra popular sobre temas sociales. Sin embargo, Mojares emplaza a sus lectores a leer esta obra en *The Philippine Islands 1493-1898*. Blair and Robertson sólo publicaron esta obra sesgada y la mal tradujeron de forma deliberada, para inferir que los españoles maltrataron y diezmaron la población indígena, lo mismo que había sucedido en la América española.

En suma, en estos capítulos Mojares, como en los dedicados a Paterno, tiende de nuevo a las generalizaciones abusivas al manifestar taxativamente que la educación española fue «limitada y medieval» por tanto, establece otra oposición binaria entre medievalismo y modernidad.

El último personaje que Mojares analiza es Isabelo de los Reyes en «Brother of the wild», «Deploying Local Knowledge», «Producing Isabelo.» Mojares nos dice que Isabelo no fue un caballero intelectual como Paterno o Pardo de Tavera, sino que fue un intelectual provinciano que combinó los negocios, las letras y la política.

Isabelo de los Reyes fue el más antiamericano de los tres personajes analizados en este libro y el más hispanófilo y latinizado pidiendo, como miembro de la Colonia Reformista en Madrid en febrero de 1898, la implementación de reformas en Filipinas, y manifestando su amor a España, algo que Mojares omite en esta obra. De hecho, Mojares para escribir la historia de Isabelo de los Reyes consulta la obra de James A. LeRoy *The Americans in the Philippines*. LeRoy fue incluso más crítico con de los Reyes que con Paterno o Tavera. De los Reyes resultaba incómodo y peligroso para la nueva estructura norteamericana. Como LeRoy manifestaba confidencialmente a Taft, Isabelo de los Reyes lideraba a los jóvenes filipinos más radicales, aquéllos que no dudaban en declarar públicamente su sentimiento antiamericano. «Don Isabelo y sus seguidores eran intelectualmente demasiado «egotistas» y preferían las costumbres latinas e ideas latinas y nunca van a aceptar en sus corazones nuestras ideas.»

De los Reyes tenía que desaparecer del imaginario colectivo filipino y para ello era imprescindible iniciar una campaña feroz de descrédito. LeRoy no dudó un momento en llamarle demagogo, plagario, superficial, ridículo, mentiroso vicioso, sicofanta y deficiente mental. Mojares omite esta información, empero, vuelve a hacer un análisis magnífico de la obra de Isabelo de los Reyes.

Los últimos tres capítulos «The Filipino Enlightenment», «Entangled genealogies», «The rise of an intelligentsia, writing about ourselves» analizan el período colonial español en Filipinas. Mojares intenta establecer una genealogía de la Ilustración filipina. Para ello recurre a las fuentes escritas por los misioneros como único cuerpo de textos escritos, desdeñando las fuentes archivísticas. Mojares, para explicar la historia colonial española, consulta, una vez más, la obra de Blair and Robertson o la bibliografía norteamericana y, por tanto, nos ofrece una visión parcial y sectaria del colonialismo español. Por lo que respecta al siglo XIX, el autor acude a las generalizaciones, afirmando categóricamente que las Filipinas parecía estar ligada a una urdimbre medieval. Sus argumentos, por tanto, difieren poco de aquéllos exhibidos por LeRoy en *The Americans in the Philippines*.

A modo de conclusión Mojares insta a los filipinos a recuperar parte de su pasado,

es decir a investigar sobre Pedro Paterno, Trinidad H. Pardo de Tavera e Isabelo de los Reyes. En este sentido nadie puede dudar de la contribución que Resil Mojares hace con *Brains of the Nation* ya que presenta y analiza una serie de obras olvidadas por los filipinos. Estas obras y estos personajes ilustraron y prefiguraron el pasado filipino y ayudaron a conformar la identidad nacional filipina. Como se ha explicado a lo largo de esta reseña, Paterno, Pardo e Isabelo han sido injustamente juzgados por la historiografía norteamericana y más tarde filipina, y deben ser recuperados y contextualizados en su propio tiempo. La contribución de Mojares es un primer paso.

Gloria Cano
Universitat Pompeu Fabra